

## El amor de Dios a las criaturas según la Sagrada Escritura

1. No es cierto que el Antiguo Testamento haya revelado a Dios teniendo en cuenta solamente su señorío sobre las criaturas y su severa justicia. La Revelación del Antiguo Testamento es una manifestación clara y distinta de la bondad de Dios, aunque en él se acentúen la severidad y justicia divinas, de modo que el Antiguo Testamento no llega a la altura de la Revelación del amor divino anunciada por el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento el amor de Dios se manifiesta sobre todo como amor a la comunidad destinada a ser instrumento de la Revelación sobrenatural, como amor al pueblo elegido, y con menos frecuencia como amor a los particulares. Es cierto que predomina la idea de la Alianza, habiendo sido definida ésta exactamente mediante determinaciones legales. Pero precisamente la Alianza se funda en el amor de Dios (*Ex.* 33, 19; 34, 6). La Alianza es un orden fijado por Dios. La intimidad, más aún, el apasionamiento de este amor ha sido admirablemente descrito por el profeta Oseas (capítulos 2 y 11). En el capítulo 11 (versículo 9) leemos palabras que descubren la profundidad del amor divino: «No desencadenaré todo el furor de mi ira... porque Yo soy Dios, no soy un hombre; soy Santo en medio de ti y no vengo a ti con toda mi cólera.» Dios ama, porque es Dios y no es un hombre. Su amor no depende de afectos y consideraciones. No es una respuesta al amor de otro, y, por consiguiente, no depende de él. Dios se manifiesta como tal obrando en virtud de un amor incondicional (véase *Ier.* 12 y 31). En *Is.* 49, 15 el amor de Dios es comparado con el de la madre (véase 54, 5-8). En *Is.* 41, 10 leemos las si-

guientes palabras consoladoras: «No temas nada, que Yo estoy contigo; no desmayes, que Yo soy tu Dios. Yo te fortaleceré, Yo vendré en tu ayuda, y con la mano de mi justicia te sostendré.» La Sabiduría testifica que el amor de Dios no tiene fronteras (11, 24; 12, 2): «Mas tienes piedad de todos, porque todo lo puedes, y eres indulgente con los pecados de los hombres para traerlos a penitencia. Pues amas todo cuanto existe y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna. ¿Y cómo podría subsistir nada si Tú no quisieras o cómo podría conservarse sin Ti? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de toda vida. Porque en todas las cosas está tu espíritu incorruptible. Y por eso corriges con blandura a los que caen, y a los que pecan los amonestas, despertando la memoria de su pecado, para que, libres de su maldad, crean, Señor, en Ti.» En los Salmos se ve y se siente hasta qué punto el amor de Dios recae sobre cada una de las criaturas: véase *Ps.* 23 (22); 27, 1-3, 10 («Aunque me abandonaren mi padre y mi madre, Yavé me acogerá»); 34 (33), 9, 71 (70), 1-11; 111 (110), 4. Por eso todos pueden levantar la vista al Señor con amor y confianza, entregándose totalmente en sus manos, bien que en las oraciones del Antiguo Testamento se acentúe más la idea de la lejanía de Dios que la idea de la cercanía: *Ps.* 31 (30); 33 (32); 35 (34); 42 (41); 46 (45); 54 (53); 62 (61); 91 (90); 88 (85); 102 (101); 103 (102), 13 y sigs.; 121 (120); 123 (122).

El amor de Dios está presente en el hombre aun en las noches del dolor. Porque el que se entrega incondicionalmente a Dios, soportando padecimientos por su causa, es vencido sólo exterior y aparentemente por los poderes enemigos. En realidad experimenta el amor de Dios con mayor intensidad. Recibirá la vida eterna (*Sap.* 3, 4-12). El amor de Dios se manifiesta en toda su autenticidad y fecundidad creadora encendiendo y despertando en el hombre el amor a Dios. Todo amor terreno es, en definitiva, obra suya (*Deut.* 30, 6). (Véase Th. Paffrath, *Gott Herr und Vater*, 1930, y *Theologisches Wörterbuch zum Neue Testament* (Kittel), I, 20-44.)

2. En el Antiguo Testamento Dios se manifiesta más bien como Dios del orden y del derecho, a pesar de que revela también con toda claridad y evidencia su amor. En el Nuevo Testamento este amor se revela en toda su plenitud. En todas partes encontramos en este Testamento lo que dice San Juan: «Dios es amor»

(*I Io.* 4, 4-16). Dios existe bajo la forma de amor personal. Este amor abarca aun las cosas más insignificantes de la Creación (*Mt.* 6, 25-34).

Un cálido torrente de amor brota de la palabra «Padre», con la cual hemos de llamar a Dios, según el encargo de Cristo (*Mt.* 6, 9). Dios y los hombres están unidos por un lazo tan íntimo y tierno como el lazo que une al padre con el hijo. Es verdad que el nombre de Padre se encuentra también en religiones paganas, pero no se emplea en un sentido tal que desemboque realmente en formas de fe y religiosidad. En el Antiguo Testamento se encuentra algunas veces. Pero la idea de paternidad divina no es una idea esencial de la religiosidad del Antiguo Testamento (véase *Eccl.* 23, 1-4; 51, 10; *Sap.* 14, 3). En el Evangelio de Cristo, por el contrario, la bondad paternal de Dios es lo primero en que tiene que pensar el que ora. Esta bondad se manifiesta en el cuidado con que Dios viste a los lirios del campo, alimenta a los pájaros del cielo y tiene contados los pelos de nuestra cabeza (*Mt.* 6, 25-34; *Lc.* 12, 6, 22-31).

En sentido estricto y riguroso, Dios no es Padre de los hombres porque les haya creado o les conserve, sino porque les comunica vida divina mediante Cristo en el Espíritu Santo (véase el tratado sobre la Gracia). El amor de Dios no se limita a crear y conservar el mundo. Hizo más todavía: ha transformado el mundo en el que el pecado había oscurecido la gloria de Dios que originalmente resplandecía en todas las cosas, de manera que ahora se halla quebrantado el poderío del pecado y está presente en el mundo la gloria de Dios, aunque de un modo misterioso e invisible. Cuando suene la hora señalada por Dios, brillará con todo su esplendor y sin velo alguno. El amor es el fundamento de la existencia de este mundo transformado.

Es a la muerte de Cristo a quien debemos el perdón de los pecados. En la Encarnación y en la muerte de Cristo se convierte en acontecimiento histórico el amor gratuito de Dios. En esos misterios se manifiesta de la manera más inabarcable, evidente y fidedigna. «Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (*Rom.* 5, 8). Dios nos elige para la salvación, es decir, para participar en la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, a base de un eterno decreto de su amor, mediante la santificación del Espíritu y la fe en la verdad, para participar en la magnificencia de Nuestro Señor Jesucristo (*Thess.* 2, 13-17).

En el punto culminante de los escritos neotestamentarios se nos asegura que gracias a los signos y pruebas con que Dios manifiesta su amor, podemos estar seguros de este amor en todas las eventualidades de la vida y de la Historia. «Y sabemos que Dios coordena toda su acción al bien de los que le aman, de los que, según su designio, son llamados. Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, en orden a que fuese Él primogénito entre muchos hermanos, y a los que predestinó, a esos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. ¿Qué diremos, pues, a estas cosas? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Quien a su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todos le entregó, ¿cómo no juntamente con Él nos dará de gracia todas las cosas? ¿Quién presentará acusación contra los escogidos de Dios? Dios es quien justifica; ¿quién será el que condene? Cristo Jesús el que murió—o, más bien, el que resucitó—es quien asimismo está a la diestra de Dios y quien además intercede por nosotros. ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación? ¿Angustia? ¿Persecución? ¿Hambre? ¿Desnudez? ¿Peligro? ¿Espada? Según está escrito: «Por tu causa somos mortificados todo el día, y juzgados como ovejas destinadas al degüello.» Mas en todas estas cosas soberanamente vencemos por obra de Aquel que nos amó. Porque seguro estoy que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni cosas presentes ni futuras, ni poderíos, ni altura, ni profundidad, ni otra alguna criatura será capaz de apartarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús» (*Rom.* 8, 28-39).

El amor de Dios se ha derramado para siempre en nuestros corazones (*Rom.* 5, 5).

También en el Evangelio de San Juan se revela Dios como amor que se regala a sí mismo y que nos hace participar en su propia gloria. «Porque de tal modo amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito para que todo el que crea en Él no perezca, sino alcance la vida eterna» (*Io.* 3, 16). «En esto hemos conocido el amor, en que Él dió su vida por nosotros» (*I Io.* 3, 16).

«En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros, en que al Hijo suyo Unigénito envióle Dios al mundo, para que vivamos por Él. En esto está el amor: no que nosotros hubiéramos amado a Dios, sino que Él nos amó a nosotros y envió al Hijo suyo, propiciación por nuestros pecados» (*Io.* 4, 9-10). El amor de Dios se manifiesta en el amor de Cristo, su Hijo amado. En el amor

de Cristo, el amor de Dios se dirige hacia nosotros (véase *Rom.* 8, 28 y sigs.; *I Io.* 3, 16). En *Io.* 15, 9 leemos lo siguiente: «Como me amó el Padre, Yo también os amé.» En la entrega de Cristo se revela tanto el amor del Padre como su propio amor. El amor del Padre llega hasta nosotros mediante Cristo. *Io.* 13, 1 testimonia que «sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, extremadamente los amó hasta el extremo».

Lo mismo que San Pablo, da, pues, San Juan testimonio de que Dios es amor. San Pablo dice a los de Corinto: «Pues conocéis la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fuésteis ricos por su pobreza» (*II Cor.* 8, 9). (Véase *Eph.* 3, 14-19; 5, 25.) Cristo es el nuevo fundamento personal sobre el cual se funda la vida de los que creen en Él (véase el tratado sobre la Gracia). «Vivo... no ya yo, sino que Cristo vive en mí. Y eso que ahora vivo en carne, lo vivo en la fe de Dios y de Cristo, que me amó y se entregó por mí» (*Gal.* 2, 20). Vivir en esta nueva vida quiere decir permanecer en el amor (*I Io.* 4, 16).

Como quiera que Cristo, más aún, el amor derramado en nuestros corazones, es el nuevo fundamento de la vida y los cristianos deben adoptar una actitud de amor. Teniendo en cuenta este nuevo principio de vida, se comprenden y aun aparecen como cosa obvia las continuas exigencias en que se nos manda que amemos a nuestro prójimo; más aún, que amemos a nuestros enemigos, amor éste que el hombre natural considerará como absurdo y utópico, como loco sentimentalismo. (Artículo redactado por Stauffer en *Wörterbuch zum Neue Testament* (Kittel), I, 20-55. J. Tziegler, *Die Liebe Gottes bei den Propheten*, 1930. C. Nink, *Philosophische Gotteslehre*, 1948.)

Aun en el infierno, el amor creador de Dios abarca a las criaturas, porque faltando ese amor todas las cosas se hundirían inmediatamente en el abismo de la nada (véase el tratado sobre la Creación). Dios las mantiene en la existencia. Pero el amor de Dios no está derramado en sus corazones. El condenado no debe ni puede sentir y experimentar el amor de Dios. Ha perdido la capacidad de amar por haberse opuesto libremente a que entrase en él el torrente del amor divino, por no haber aceptado el amor por el cual no es posible ninguna clase de amor creado. El infierno, la lejanía de Dios, del amor personal, no es más que un no poder amar, un solo poder odiar. G. Bernanos describe de la siguiente manera este estado terrible: «Aun el más mísero entre los hombres vivientes conserva siempre la capacidad de amar, a pesar de que puede creer que ya no ama. Aun nuestro odio posee cierto resplandor, y el diablo menos atormentado

## MICHAEL SCHMAUS

consideraría eso que nosotros llamamos desesperación como una manera triunfal y luminosa. El infierno es la incapacidad de amar. No amar ya, esto suena..., como si fuese cosa de poca importancia. Para un ser viviente "no amar" significa: "amar menos" o "amar otra cosa". Pero ¿qué sucedería si desapareciese completamente esta capacidad de amar, esta capacidad que nos parece ser inseparable de nuestro ser, que parece ser nuestra esencia misma? No amar ya, no poder comprender nada, ¡qué milagro tan incomprensible! El error que todos comparten consiste en atribuir a estas criaturas abandonadas algo de lo que nosotros poseemos, algo de nuestra continua movilidad, mientras que en realidad se halla para siempre fuera del tiempo, fuera del movimiento. Si Dios nos tomase de la mano y nos condujese ante la presencia de uno de esos monstruos dolorosos, ¿en qué lenguaje íbamos a hablar con él, bien que se trate de un ser que en otros tiempos fué nuestro amigo más querido? Si un ser viviente semejante a nosotros, el último entre todos, el más indigno entre los indignos, fuese arrojado tal como es en los abismos del fuego, yo desearía compartir con él su desgracia; la desventura incomprensible de estas piedras calcinadas, que fueron en otro tiempo hombres, consiste en que ya no poseen nada en que podamos participar» (*Diario de un cura de aldea*, edición alemana, pág. 192).